

Llegados a una cierta edad nos planteamos seriamente la cuestión de desaprovechar el tiempo. Ya sé que nunca deberíamos haber dilapidado un bien tan preciado y escaso, pero es cierto que, en algunos periodos de la vida, nos ha podido parecer que era infinito y que nunca se acabaría.

Cuando pasa y se acorta nuestra existencia, vamos tomando conciencia de que los días, las horas, incluso los minutos tienen un valor incalculable. La pérdida de familiares, amigos y allegados que han traspasado la delgada línea que nos separa del otro mundo desconocido, nos hace reflexionar sobre esa magnitud etérea.

En algún momento, posiblemente habremos reflexionado que cuando suene la señal del final de nuestra presencia terrenal, no nos podremos decir: - *necesito permanecer un poco más que aún no he acabado mi obra-me falta poco para completar éste o aquel proyecto-*, y tal vez sintamos en nuestro interior: - *tuviste tiempo, ahora se ha acabado el partido, incluso con prórroga, hay que dejar el sitio a otros.*

Los que nos rodean no tendrán interiorizado todo lo que hemos podido cavilar y se lamentarán con expresiones tan conocidas como: “*no era tan mayor, le quedaba bastante vida por delante, podía haber durado un poquito más, su familia lo necesitaba, era buena persona*”. Cuando acaben nuestros días, tendremos que abandonar el terruño.

Conocemos la historia del antiguo Egipto y cómo los moradores de esa época habían dibujado en las paredes de sus tumbas escenas del tribunal que juzgaba a cada persona antes de pasar a la otra vida. El corazón era



pesado en una balanza con las buenas o malas obras realizadas en este mundo, y cómo, tras esa ceremonia, podía ser comido por bestias salvajes o llevado a la vida feliz por toda una eternidad.

También tenemos conocimiento por otras enseñanzas y doctrinas como podría ser, después de la muerte física, la presentación en el juicio final, desnudo o arropado por nuestras actuaciones buenas o malas mientras caminábamos por la Tierra.

Hay urgencia de tiempo que no deberíamos derrochar inconscientemente, ni que otros nos lo malgastasen porque es algo intangible pero real que no se compra ni con todo el oro del mundo.

Andrés Baquero

Delegación de Andalucía Occidental
Subdelegación de Algeciras-Ceuta



LA PARADOJA



La existencia está llena de coincidencias, de premoniciones, de pensamientos que en un momento dado pueden cumplirse, posiblemente cuando menos lo esperamos ocurren esos acontecimientos, pero si no estamos atentos, pasan desapercibidos, entre esas circunstancias se encuentran las paradojas que son hechos extraños, son los absurdos de la vida.

Desgraciadamente el día 8 de marzo del 2001 ocurrió un infausto accidente que nunca debiera haberse producido. En una zona céntrica de Madrid, la calle Princesa hubo un inesperado derrumbe de un edificio, las causas no se conocían, el resultado fue un muerto y once heridos.

La paradoja se da en las circunstancias que rodearon a la persona fallecida, un mendigo sin vivienda, cuyo techo era el cielo de Madrid, lleno de estrellas que difícilmente se pueden contemplar en la noche por la contaminación lumínica de miles de bombillas que consumen y derrochan energía.



Precisamente ese ciudadano sin hogar, sin una mísera techumbre que lo cobijase, ha muerto cayéndole encima todo un edificio. Quién no tenía un habitáculo para recogerse a dormir, muere aplastado por todas las habitaciones de un inmueble de varias plantas. Quién necesitaba un domicilio para resguardarse de las inclemencias del clima, y evitar el deambular errante de portal en portal con sus tristes pertenencias de cartones que lo guarnecieran del frío en el crudo invierno de la capital de España, se le ha venido encima una edificación con todo su mobiliario y ajuar. Quién, probablemente, en ocasiones, vivió en el extrarradio, fallece en pleno centro habitado por personas de un buen nivel económico. Quién vivía al aire libre, sin propiedades,

se encuentra enterrado por una construcción, no pudiendo disfrutar de su “posesión” trágicamente funesta; se produce el absurdo del insondable sino.

Ese pobre hombre terminó sus días como no se hubiera imaginado nunca, sepultado en la residencia que le dio posada adonde acudía para resolver su problema diario de alojamiento, murió por el desplome de su benefactor.

Descanse en paz ese ser humano al que la Constitución Española amparaba en el derecho a disfrutar de una vivienda digna y adecuada que quizás nunca tuvo por paradojas del destino.

Nota.

*El suceso se produjo el jueves de la fecha citada, según **libertaddigital.com***

Andrés Baquero

Delegación de Andalucía Occidental

Subdelegación de Algeciras-Ceuta

LAS CARTAS DE MI MADRE

A todas las mamás

Buenas noches, mamá, no sé por qué hace un tiempo que me viene rondando a la mente aquellas cartas que, de vez en cuando, me dictabas. El diálogo inicial era:



- A ver hijo cuándo tienes un ratito y me escribes unas letras para saber de la familia y los amigos.

Mi respuesta era casi siempre:

-cuando tú quieras. Ahora tenemos tiempo, podemos empezar.

-Sí, pero con una condición, escribe despacio, que yo pueda leer la carta al final y que no sean “garabatos” para que el que la reciba la entienda, porque tú cuando tienes prisa haces unas letras que “pa qué”.

-No te preocupes, mamá, verás como todo sale como tú deseas.

Después de este prólogo me traía una libreta tamaño folio, rayada, que había comprado para esos menesteres, el bolígrafo lo aportaba yo, sacado de mi plumier de madera de dos pisos.

Una vez instalados en la mesa del comedor, venía la redacción.

-Mamá, dime a quién se la vas a dirigir y qué le escribo. Tras conocer el destinatario, invariablemente comenzaba:

-Querida amiga (su nombre o el del familiar), deseo que al recibo de la presente te encuentres bien de salud, nosotros estamos bien, gracias a Dios.

Luego que “el estribillo” estaba consignado, venían mis preguntas

-y ahora ¿qué más le digo?

Me soltaba de “un tirón” todo lo que debía relatar y yo le decía que no corriera tanto que no me daba tiempo a redactar ese “río” de ideas y de sugerencias, a lo que me contestaba:

-Si ya sabes lo que debes contar y lo que a mí me gusta ¿para qué tantas preguntas?, ¡anda escribe y así terminamos antes!

-De acuerdo, pero si se me olvida algo, luego no digas que faltan cosas.

Se hacía un silencio para que pudiera transcribir con claridad el contenido de lo comentado y lo que tenía que inquirir. Terminaba la carta, en ocasiones era una postal, con la fórmula:

-Espero que en tu contestación me digas como te encuentras y... (las personas que tenía relación de parentesco o amistad). Muchos besos de tu tita... o de tu amiga que lo es.

En el espacio que quedaba, venía su firma y acto seguido me pedía la carta, la leía que no era poco para una persona nacida en 1919 en una zona rural cercana a Antequera, y me daba su conformidad o me remarcaba algo que se había olvidado a mí o a ella, que tenía que incluir en una postdata.

Con la experiencia fui descubriendo el tamaño de la letra a usar, la dimensión de los espacios para que lo poco o lo mucho que se vertía quedara estéticamente lo mejor posible, sin dejar mucho papel en blanco o por el contrario muy apretujadas las palabras y frases, con lo que obtenía su beneplácito y calificación, que usualmente era:

-Está muy bien, todo muy clarito, como a mí me gusta. Qué bien lo haces cuando tú quieres. Muchas gracias.

Seguro mamá que te cuerdas de todo esto tan bien como yo.

Andrés Baquero
Delegación de Andalucía Occidental
Subdelegación de Algeciras-Ceuta



DERECHOS

- A no hacer nada
- A participar libre y voluntariamente en cualquier actividad y a dejarla sin dar explicación alguna.
- A utilizar la medicina, el ejercicio físico o la comida según el propio criterio o siguiendo el de un especialista de confianza.
- A vivir la vida sin ingerencias no deseadas.
- A la independencia económica, emocional, religiosa o política.
- A no tener metas que cumplir como a edades más tempranas.
- A que no esperen comportamientos como cuando hubo responsabilidades.
- A estar o hacerse un poco “el loco” con relación al entorno o la sociedad.
- A elegir como y donde pasar esos años, sean pocos o muchos.
- A no necesitar seguir trabajando para subsistir.
- A querer y se querido
- A **vivir**



OBLIGACIONES

- Ninguna, ya se tuvieron con anterioridad.
- A no dar **quehacer** a nadie con actitudes, achaques, salud... salvo causa mayor.
- A **vivir** intensamente, nunca rápidamente o atropelladamente ni con stress (*último derecho*).
- No hay más porque sería un agobio en esa edad tener el mismo número de derechos que obligaciones.

Posiblemente algunos epígrafes se me habrán “escapado”, sobran o tienen otro orden en nuestra escala de valores. Sería un buen ejercicio completarlos, borrarlos o cambiar su lugar.

Andrés Baquero

Delegación de Andalucía Occidental
Subdelegación de Algeciras-Ceuta



Pahery, alto funcionario y hombre de confianza de Tutmosis II, partió a todo correr desde el palacio con su veloz caballo alazán con rumbo desconocido. Nadie conocía qué misión le había encomendado el faraón, ni su importancia, ni destino. La falta al secreto se pagaba con la vida en aquella sociedad autoritaria. El mensajero recorrió amplios espacios desérticos, teniendo que cambiar en repetidas ocasiones de cabalgadura. A veces el simún, viento endiablado, le impedía un avance más rápido en aquel enorme erial pero Pahery no cejaba en su empeño. A la dificultad del camino se le sumaba la posibilidad de ser secuestrado si se topaba con los salteadores de caminos, abundantes en aquellos territorios, que se podían encontrar escondidos en cualquier recóndito lugar, lo que le hubiera impedido llevar a cabo el trascendental cometido que le había sido encargado y que juró realizar aunque le costase la vida.

Faraón de la Dinastía XXI de Egipto



Máscara funeraria de Amenemope

Reinado

c. 993 a 984 a. C.

Tras días de penurias y cansancio, hambriento por el mal comer y desvencijado por el gran esfuerzo que había hecho, llegó ante la majestuosa pirámide de Keops. Sin perder un segundo, se dirigió al cuerpo de guardia del monumento. Presentó sus credenciales y de inmediato fue llevado ante el sumo sacerdote, máxima autoridad, que, a su pretensión de entrar en el interior de la pirámide, le objetó que aquel era un lugar sagrado y que no se podía perturbar la paz eterna del difunto, venerado como una divinidad. Trataron también de convencerle de que desistiera de su misión por los grandes problemas que se le presentarían para franquear el laberinto de pasadizos y galerías del recinto. Nada hizo cambiar de opinión Pahery que había hecho un juramento de fidelidad, apostando con su existencia su realización.

Por fin, tras horas de parlamentar, exponiéndoles numerosos argumentos y generosas dádivas, logró doblegar la voluntad del mando supremo militar y religioso que accedieron a su petición, no sin antes obligarle a ser acompañado por dos soldados-guías que eran los únicos que conocían con exactitud el camino para llegar a la tumba de Amenemopet I, y también para evitar, no solo, que se extraviara en aquel dédalo sino que pudiera sustraer algo de la estancia que le fuera útil a su propietario en el más allá.

Pahery juró ante los pergaminos sagrados no revelar nada de lo que observase, respetar los objetos depositados y no violar el silencio del recinto mortuario. Cuando, transcurrido un tiempo, difícil de calcular por la cantidad de angosturas y recovecos ascendentes y descendentes que hubo de recorrer, llegó finalmente a la cámara donde se encontraba Amenemopet I, abierto el sarcófago, le entregó un díptico de papiro del Nilo que decía:

Por orden de Tutmosis II, se le notifica que debe su majestad la tasa de permanencia en la pirámide del último milenio y que si no la hace efectiva en el plazo de los próximos trescientos años, tendrá un recargo del 20%. Si pasado ese vencimiento, persistiera la deuda se efectuaría el desahucio correspondiente en presencia de la corte, el ejército, los sacerdotes y el pueblo. El tiempo legal para recurrir este canon es de cien años, advirtiéndole que el fallo del tribunal será inapelable y las costas y gastos correrán por su cuenta.

-Amenemopet I, extendió la mano, retiró el pergamino y se dio por enterado, como la última vez hace dos mil años.

Andrés Baquero
Delegación de Andalucía Occidental
Subdelegación de Algeciras-Ceuta



EL ESPEJISMO

En el día de la filosofía, a los que piensan.

Contemplar ese fenómeno es algo impresionante. Tuve la oportunidad de vivir esa experiencia en la carretera camino a Petra, ciudad encantada, que se alza en medio de enormes promontorios de roca, sol abrasador y misterio; en el autobús que nos conducía al destino se subieron militares armados, escoltas de la caravana, que, de alguna manera, nos crearon un raro ambiente e inquietud. Íbamos como turistas, en son de paz, para conocer y curiosear un territorio árido, solitario y sin vida.

El guía de la excursión, en un momento dado, nos indicó que mirásemos, a través de los cristales. En la



lejanía; apareció algo sorprendente, vimos el mar azul, inmenso, con sus pequeñas olas. Era una rareza que en aquel paraje desértico y pedregoso se encontrase una masa de agua; algo excepcional que le daba “savia” al erial gigantesco que contemplábamos.

Después de un buen rato de observar esa

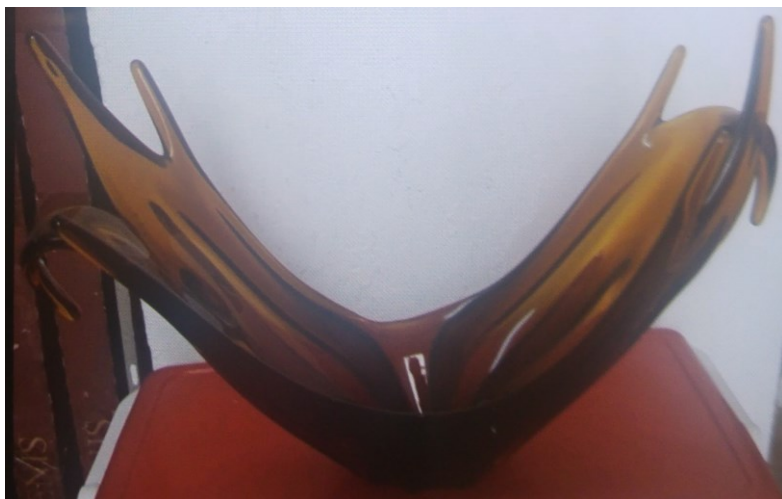
maravilla, nos dijo que lo que nuestros ojos, como testigos de una realidad tangible, descubrían no era cierto, habíamos sufrido un espejismo; el sentido de la vista y el cerebro se habían confabulado para hacernos creer lo que no existía. En más de una ocasión, hemos leído en cuentos e historias que esa singularidad se producía en un desierto sinfín, de arenas suaves, en cuyo horizonte aparecía un oasis con abundante agua, palmeras y rica vegetación.

Interiormente, es posible, que hayamos tenido algún espejismo en la vida, o bien sea una constante en nuestro caminar por este mundo agreste, por el que peregrina nuestro ser a lo largo de nuestra existencia. Nos hemos ilusionado con algo que no es real, que está en lo profundo de la retina del alma pero que, cuando nos “frotamos los ojos” del espíritu, descubrimos que la realidad es otra. Después de analizar múltiples factores nos preguntamos: ¿Cómo no caímos que el universo en el que estábamos inmersos era “una nube de algodón”?

Quizás existan personas que, estando a gusto con esa visión, no quieran “caerse del caballo” y prefieran vivir con su espejismo a sabiendas; y otras que, inconscientemente, no se despierten nunca de ese sueño feliz, aunque el mundo que les rodea se esté desmoronando.

Andrés Baquero
Delegación de Andalucía Occidental
Subdelegación de Algeciras-Ceuta





Estuve en el centro de una mesa amplia de comedor, debajo, como adorno, tenía un paño rectangular de terciopelo. Día y noche contemplaba el salón.

No sé de dónde vine, ni quién me hizo, ni por qué me compraron, ¿Sería por mi forma loca de muchos brazos y poca base?

En más de una ocasión, me desalojaron de mi aposento; era necesario para una comida de reunión familiar. Entonces iba

de mano en mano, tratado con un cuidado exquisito.

Siempre volvía a mi sitio para ser testigo mudo de acontecimientos sencillos, pero importantes. Vivía en el bullicio de momentos y en el silencio de muchas jornadas.

Sé que, en mis traslados, estuve en peligro de hacerme añicos algunas veces, pero un hada misteriosa me protegió y sobreviví por mi materia inerte a mi querida dueña.

Ahora no tengo sitio en ninguna parte. El artilugio de madera donde me encontraba desapareció a manos de unos bárbaros que no dejaron astillas sobre astillas.

Ya no tengo casa que me acoja, todo está ocupado con otra decoración. Recuerdo el pasado, soy el pasado, pienso que ya no tengo presente.

Ahora, mi lugar es el trastero, pero no pierdo la esperanza de que alguien me diga ven y resucite.

El destino ha querido que durante mucho tiempo no me rompiera, y sueño con habitar dignamente en una casa.

¡Por fin! ha llegado ese momento, y me voy para siempre de tu lado que me has guardado con mimo, pero necesito otra vida. He tenido la suerte de que alguien, desconocido, ha contemplado mi belleza efímera y me requiere.

No sufras, ni caviles que te desprendes de mí por cuatro monedas, voy a seguir siendo un centro de mesa que decora y con vida. Piensa que me redimes del anonimato, y que continúo existiendo; peor hubiera sido acabar en la basura con los brazos quebrados e inútiles.

Te digo adiós, aunque sea triste. Sé que me regalas y que no traficas conmigo porque estoy seguro de que, lo que percibas, irá a una buena causa que aumentará mi valor.

Andrés Baquero
Delegación de Andalucía Occidental
Subdelegación de Algeciras-Ceuta





LA MALETA

Una de las características del ser humano desde el inicio de su andadura por este planeta ha sido su condición errante. Antes de “inventarse” la vida sedentaria, la del cultivo de la tierra, la de la domesticación de los animales, la de las ciudades y grandes metrópolis de la antigüedad y de nuestros días, el hombre y la mujer vivían la precariedad de buscarse el sustento allí dónde se hallaba.

Todavía en el siglo XXI en el que vivimos, existen poblaciones nómadas que cargan a cuesta con sus pertenencias en busca de recursos para alimentarse, en un ciclo vital que se transmite de generación en generación.

La maleta está permanentemente presente en nuestra existencia. Recordaremos la maletita, llena de libros y libretas... que llevábamos al colegio; al desplazarnos para estudiar una carrera fuera de nuestro domicilio habitual viajaban en esas esfuerzos

llegó el tiempo de nuestros padres los efectos personales, “en depósito” en el

Si hicimos la “mili” residíamos, era la para ese año y meses terminación del cargada de amistades “eternas”



nuestras pertenencias “valijas” que con gran manipulábamos; cuando independizarnos de atestamos con nuestros aunque algunos quedaron hogar parental.

en un lugar donde no acompañante necesaria de “exilio”; a la “servicio militar” venía recuerdos, experiencias, y cartas leídas y releídas.

La emigración interior de 1960 nos mostró penosas escenas propias de películas del realismo. A la estación de ferrocarriles de Francia, en Barcelona, llegaba el tren llamado “El Sevillano”, el mismo que partía de Plaza de Armas de Sevilla, conocido como “El Catalán”; de él salían, en tristes pasados tiempos, maletas pobres, amarradas con correas o cuerdas en busca de un trabajo en una fábrica textil, o de albañil (paleta en Cataluña) en la construcción.

En los puertos y apeaderos de viajeros los “maleteros” se ganaban la vida en ese trajín; sus gorras, en ocasiones, marcadas con números servía para identificarlos, y se encargaban, por unas pesetas que se solía negociar, del traslado de esos pesados “bultos”.

Posiblemente alguna vez nos hayamos encontrado en el “metro” con antiguas escaleras que hemos tenido que sufrir con el equipaje por no haber otros medios para sortearlas, e incluso hemos prestado ayuda o nos la han prestado en esa “engorrosa” tarea.

En la actualidad se ha “humanizado” mucho esa “prenda” que se fabrica con materiales menos pesados y con tamaños muy diversos, y siempre agradecemos el gran invento de colocarles ruedas que quizás han podido evitar una lumbalgia que arruinara un viaje.

Andrés Baquero

Delegación de Andalucía Occidental
Subdelegación de Algeciras-Ceuta